

La Educación Católica en USA y sus Problemas

¿Deben recibir directa subvención federal las Escuelas católicas tal como la reciben las Escuelas Públicas? El presidente Kennedy, católico y práctico dijo "no". A su no respondió el eco multitudinario de todos los que ven con recelo el crecimiento del catolicismo en USA y los que como él mismo sostienen que tal ayuda era inconstitucional como violación del hecho del sagrado e intangible principio de la separación de la Iglesia y del Estado.

Las grandes revistas de opinión, Life, Time..., la gran prensa, y aun los órganos de grupo se convirtieron en puntas de lanza en la controversia, y sobretodo en sus secciones de "correo del lector" instalaron mesa redonda permanente. El gigantesco bloque católico, y con él muchos hombres serenos y sin prejuicios, alzaron el bosque de su unánime exigencia: **es injusto excluir a esos 5.300.000 jóvenes que llenan las escuelas primarias y secundarias católicas de la ayuda federal.** Es injusto exigir a los padres de familia católicos que paguen un doble impuesto escolar: el federal, y el que dan para el mantenimiento de las escuelas católicas. Y, presupuesto el nuevo plan Kennedy de ayuda federal a la educación de 5.600.000.000 dólares, es más injusto aún el exigirles el triple tributo, que no va a revertir en sus hijos.

Alrededor de este debate nacional, y con el fin de ir delimitando posiciones, el editor educacional del "Herald Tribune" Terry Ferrer, quiso explorar el campo de la educación católica en USA y escribió una serie de artículos en su periódico, que nos servirían de guía. Al trasluz del debate divisamos la colosal potencia del catolicismo norteamericano, su robusta solidez, y vislumbramos su futura proyección en nuestro mundo latinoamericano. Y todo esto es más importante para nosotros que el debate mismo, o a lo menos que los entresijos de él.

El Crecimiento de un Gigante

Más de 5.300.000 jóvenes de ambos sexos llenan hasta rebosar las escuelas primarias y secundarias católicas en Estados Unidos, constituyendo el 92% del total de inscripción escolar privada en el país. En 1900 sólo uno de cada veinte niños en edad escolar concurría a una escuela parroquial católica. En 1960 uno de cada 8 niños acuden a ellas. En Nueva York un niño de cada tres entre los 5 y 18 años están acudiendo a las dichas escuelas parroquiales, y en Pittsburg uno de cada dos.

Desde el principio de siglo las Escuelas Públicas sólo han doblado el número de sus alumnos, mientras que en el mismo período las Católicas lo han más que sextuplicado. Y aun así más de cinco millones de niños católicos asisten a las Escuelas Públicas. Los más por la imposibilidad de hallar cupo en las escuelas católicas.

El crecimiento es tan vertiginoso que las escuelas católicas no pueden caminar al paso del desarrollo demográfico, y faltan aulas, faltan maestros, religiosos o laicos, y falta dinero. La mayor inversión de la Iglesia está en las escuelas. Los católicos han contribuido generosamente, a veces heroicamente, al mantenimiento de sus escuelas, pero la montaña de dólares se va haciendo inaccesible. Sólo en un año se gasta sólo en mantenimiento más de 1.500.000.000 dólares.

La Oficina de administración de la "National Catholic Welfare Conference" que representa a la Jerarquía católica en USA, reunida en marzo de este año, pedía créditos a largo plazo y bajo interés, que podrían llegar hasta una suma de 350.000.000 dólares, y que serían como parte del programa de "Ayuda Federal".

La petición de los obispos católicos llevó a la Administración a examinar legalmente la constitucionalidad de tales créditos. Después de largo estudio se procedió, el 28 de marzo, a declararlos "no constitucionales".

El Cardenal Spellman y el Bloque Católico

Fue por la fuerza de las circunstancias y por su destacada actuación en la controversia como el cardenal Spellman quedó constituido resonador de las exigencias del pueblo católico americano. Como cabeza de una arquidiócesis en cuyas escuelas parroquiales están inscritos más de 216 mil muchachos alzó la voz en varias ocasiones. En primer lugar pidió que el gobierno federal ayudara a las escuelas no oficiales con "ayudas no religiosas", como gimnasios, cafeterías, laboratorios... y financiara, por lo menos en parte, a los profesores de temas profanos. Solicito después que los "fondos federales" pudieran darse en préstamo a las escuelas religiosas para construir, y que se debían facilitar los libros de texto y los materiales de estudio y experimentación de materias no religiosas a los alumnos. Sería asimismo muy beneficioso el eximir o recortar los impuestos federales a los padres de familia que envían sus hijos a escuelas privadas. Escribe así, como conclusión de su memorandum del 26 de abril:

"Pido de nuevo al Congreso que haga justicia a los millones de muchachos americanos de las escuelas de las Iglesias, adoptando una o más de las sugerencias presentadas, y conforme a la Constitución, con lo cual se obtendría la igualdad. Los legisladores de la Administración Federal han concedido que tales sugerencias no

pueden ser prohibidas constitucionalmente. No existen pues, ya, justas razones para negar a nuestros muchachos de las escuelas de las Iglesias el mismo tratamiento en cualquier medida legislativa que se pueda adoptar para realizar el anunciado objetivo de Kennedy de "obtener el máximo de desarrollo de la capacidad de cada americano" y consecuentemente promover el "bienestar común de la nación".

Los católicos mayoritariamente se agrupan en torno de Spellman. Una encuesta de esos meses probó que las dos terceras partes de los católicos creían que lo mejor sería distribuir la ayuda federal sin distinción entre las escuelas públicas y privadas. La encuesta demostró a la inversa que las dos terceras partes de los protestantes propugnaban la ayuda federal para las escuelas públicas tan sólo. El mismo "Consejo Nacional de las Iglesias" que representa a unos 40 millones de protestantes y ortodoxos orientales se opuso a la ayuda federal a las escuelas de las Iglesias. Para explicar esta posición que pudiera parecer paradójica, baste anotar que el segundo grupo religioso que cuenta con más escuelas es el luterano, con unos 180 mil niños en ellas, en contraste con los cinco millones y más de los inscritos en las católicas.

La presión del bloque católico sobre los legisladores ha sido, y sigue siéndolo, tenaz y vigorosa. El P. Neil Mc-Cluskey, decano de la Escuela de Educación de la Universidad jesuítica Gonzaga de Spokane, y uno de los más distinguidos líderes en el campo de la educación estadounidense confirma nuestra aseveración:

"Hoy, más que nunca, hay una tremenda presión por parte de los laicos. Los padres de familia han comenzado a percatarse por primera vez que las escuelas parroquiales les pertenecen. Antes dejaban que los obispos y los sacerdotes se preocuparan de ellas, y que éstas les sirvieran a ellos. Hace 15 años, por ejemplo, no existían las asociaciones de padres y maestros. Hoy están en pleno desarrollo. Ahora se han convencido de que la situación de sus escuelas es desesperada, y que son cosa muy suya".

Hacen falta más profesores laicos y pagarles mejores sueldos.

Por cada tres sacerdotes, monjas o hermanos trabajando el año pasado en las escuelas católicas había un profesor laico, o seglar. En cifras: 108.452 religiosos, y 34.878 profesores laicos. Aunque las vocaciones religiosas en USA continúan en hermosa progresión, el bajo porcentaje de la natalidad alrededor del año 30 influye en el número, y no pueden dar abasto. El fenomenal aumento del número de los profesores laicos ha abierto un extenso agujero en las arcas parroquiales. Y para que el horizonte acabe de enteneberse la Asociación Nacional Católica de Educa-

ción predice que para la decena 1970-1980 habrá dos maestros laicos por uno religioso. Y ¿porqué tanta alarma?

Mientras un profesor religioso, monja o hermano, recibe un estipendio, o un pro-salario de 650 a 1.250 dólares al año, que ingresa en la caja común para los gastos comunes, un profesor seglar lo recibe tres o cuatro veces mayor, calculado en un promedio de 3.400\$ para un profesor de primaria, y 3.650\$ para uno de secundaria. Con todo ésto su salario queda muy por debajo de los profesores oficiales de las escuelas públicas, calculado para el año escolar de 1960-61 en 5.215 dólares.

A pesar del gasto enorme que supone el profesorado laico, es muy difícil encontrarlo, pues los salarios de las escuelas católicas apenas llegan a la mitad de los de las oficiales. Y no se puede pedir heroísmo a todos los profesores.

El enorme crecimiento del alumnado exige grandes inversiones de dinero. En septiembre de 1960 el cardenal Spellman anunció una gran campaña para recoger fondos con objeto de construir más escuelas, y puso la mira en 25 millones de dólares. Para la primavera de 1961 se habían suscrito ya más de 13 millones. Con este dinero el cardenal piensa construir un nuevo seminario, cuatro nuevos colegios parroquiales de secundaria, y crear un fondo para financiar futuras construcciones de escuelas secundarias. La diócesis de Brooklyn, la mayor de todo el país, organizó una campaña similar el año pasado con los mismos resultados que los de su vecina Nueva York.

Toda esa montaña de plata sale de los bolsillos de los católicos. Los párrocos son los responsables de las escuelas parroquiales, y la escuela diocesana generalmente de secundaria, está sostenida por todos los católicos de la diócesis. Un niño de las escuelas elementales le cuesta a la iglesia unos 120 dólares al año, según datos de la Asociación de Educación Nacional. Los padres de familia pagan una tercera parte de esta suma, además de los gastos de libros y otros varios. Claro que pagan de nuevo otra vez al depositar el domingo, en la bandeja parroquial, su ofrenda. Con los costos de construcción añadidos a los de mantenimiento y enseñanza un alumno de sus escuelas secundarias le cuesta a la Iglesia unos 440 dólares al año, según datos de la National Welfare Conference.

Algunas escuelas católicas entran en el plan nacional o estatal de comedores escolares; en 16 estados de la Unión reciben transporte gratis y en cuatro se facilita a los alumnos gratuitamente los textos escolares.

Ya que el peso de sostener las escuelas parroquiales recae exclusivamente sobre los bolsillos de los católicos, algunos de estos reclaman justamente que ellos están pagando un doble im-

puesto educacional: para las nuevas escuelas federales, y para las nuevas escuelas católicas. Y aun un tercer impuesto, ya que sus contribuciones federales van a utilizarse en financiar un nuevo programa educativo, en el que no van a participar. Por ello no han faltado voces acusando a los católicos de saboteadores de los programas educativos federales para sostener los propios. Una encuesta llevada a cabo al respecto en Nueva York por el Departamento de Educación estatal probó que los católicos eran inocentes de tal imputación. La tentación es con todo fuerte para ellos.

Pocos Jefes... Clases demasiado numerosas

Las escuelas parroquiales han sido muy criticadas, dentro y fuera. En la última asamblea de la Asociación Nacional de Educación católica se debatió acremente el tema, de si las escuelas católicas fallaban en calidad, hay voces autorizadas que insisten en que no dan los jefes que necesita la Iglesia y la nación. Les achacan que son débiles en matemáticas y ciencias y fuertes en religión, y que la saturación de las clases imposibilita toda acción educativa a fondo, haciendo la vida imposible al profesor.

El P. Mc Cluskey responde a los descontentos: "Respecto al punto de vista académico las escuelas católicas están a la altura de cualesquiera otras. He encontrado escuelas católicas que no recomendaría a nadie. Pero también he encontrado similares en la educación oficial". La afirmación del eminente educador se corrobora con el dato de que los alumnos de las escuelas católicas obtienen una proporción de premios escolares similar a los de otros centros de educación. Entre los 950 vencedores de la medalla de Mérito (de la National Merit Scholarship Corp.) 65 eran católicos, correspondiendo a la justa proporción de alumnos católicos respecto al total.

El hecho de la sobresaturación de las clases es difícil negarlo, pues es evidente. El promedio de alumnos por aula en las escuelas parroquiales es de 35, y en algunas llega a 50. En las oficiales el promedio es, este año, de 26 y en ninguna escuela pasa de 30. En la arquidiócesis de Nueva

York el promedio de las escuelas parroquiales es de 42 por aula en los grados elementales y 37 en los secundarios, mientras que en las oficiales es de 30 y 32 respectivamente.

Católicos en las Escuelas Públicas

La falta de cupo, y diversas causas de tipo económico o social hacen que otros cinco millones de alumnos católicos se inscriban en las Escuelas Públicas. La Iglesia se preocupa de ellos y, según el directorio Católico de 1960, 3.472.176 niños católicos de las escuelas públicas están recibiendo instrucción religiosa en sus casas, en las iglesias, en campos juveniles, etc. La Confraternidad de la Doctrina Cristiana es la que dirige este inmenso trabajo apostólico. Es cierto que ya no se da una inclinación sectaria en las escuelas públicas, pero el católico americano lleva a mal el tener que enviar sus hijos a la escuela pública, mientras en la iglesia pasa la bandeja. Por eso la presión católica por los subsidios federales a sus escuelas es tenaz y decidida.

CONCLUSION:

Se hacen planes para una mejor estructuración de la educación católica, pero el problema persiste. Si la cifra de 1.350.000 niños bautizados el año 1900 se hace constante, o aumenta, según la lógica del crecimiento de los católicos en USA, la iglesia no podrá educar pronto ni la mitad de los niños católicos del país, como lo hace hoy. Se ha pensado y estudiado el reducir la educación católica a los grados superiores de la primaria y a la secundaria. Pero aún no se ve solución al problema. Y va a llegar el tiempo, y no muy lejano, en que el estado americano ante la presión de las circunstancias y la del pueblo católico, tendrá que ampliar su sistema de subsidios escolares a la educación privada. Y ello sin tener que meterse en el intrincado laberinto del principio de separación de la Iglesia y del Estado, y de la ayuda a instituciones religiosas. Esa será otra barrera que quebrantará el impetuoso torrente vital del catolicismo americano.

JUAN MIGUEL GANUZA, S. J.